

*31 de enero de 2024 - Miércoles de la 4ª semana ordinaria*

[2 S 24, 22.0-17; Marcos 6, 1-6](#)

### **Homilía**

La ley judía de la época de Jesús permitía a cualquier varón adulto leer las Escrituras en la sinagoga y añadir algunas palabras de comentario. Nadie en Nazaret negó a Jesús este derecho. Su problema es que Jesús, durante los primeros treinta años de su vida aproximadamente, fue un aldeano como cualquier otro. Por eso, cuando empieza a pronunciar palabras sabias y a realizar curaciones, le preguntan: "¿De dónde ha salido esto? ¿Qué es esta sabiduría que le ha sido dada, y estos grandes milagros que son realizados por sus manos? ¿De dónde saca ese poder? Le conocemos, es uno de los nuestros. Es el hijo del carpintero. Conocemos a todos los miembros de su familia que aún viven entre nosotros. - Al no tener el valor de deducir conclusiones de los hechos que observan, rechazan estos hechos y todo lo que Jesús ha realizado entre ellos.

Como sabemos, Jesús nunca buscó el poder. Incluso rechazó toda forma de poder. Por otra parte, actuó con autoridad. Esto es muy diferente. Nunca realizó signos ni milagros para demostrar nada. Ha habido momentos en la historia en los que la Iglesia ha intentado utilizar el poder para imponer el mensaje de Jesús. En todas las ocasiones, los resultados fueron catastróficos. La fidelidad a su verdadera misión lleva a la Iglesia a privilegiar, en cambio, el método de la debilidad; lo que puede hacer practicando el amor universal. Al igual que los mártires de Argelia beatificados hace unos años y Madeleine Delbrel. El rey David quiso darse la agradable sensación de poder contando a su pueblo, y esto le costó caro - y a su pueblo.

En la tradición de Israel, había tres figuras importantes: el sumo sacerdote, el rey y el profeta. Jesús no vino ni como sumo sacerdote ni como rey. Vino como profeta, el último de los profetas, revestido de una autoridad radical y pronunciando las palabras de Dios por boca de Dios. Desde su muerte y resurrección, su autoridad, que pertenece a todo el pueblo de Dios, ha sido ejercida por seres humanos corrientes y débiles, a los que se han confiado diversos servicios en el seno del pueblo.

El relato evangélico que acabamos de leer dice que Jesús se sorprendió de la falta de fe de sus correligionarios. Una cosa que llama la atención hoy en día es que vivimos en una civilización del poder. Pensamos fácilmente que podemos cambiar el mundo -o al menos a las personas que nos rodean- utilizando formas de poder.

Al mismo tiempo, a menudo nos cuesta aceptar cualquier forma de autoridad. Y una de las autoridades más difíciles de aceptar es la autoridad de los hechos. La autoridad de la realidad a la que nos enfrentamos. Al final, podemos vivir fácilmente con la autoridad de una persona, de un superior. Pero no podemos manipular ni torcer la realidad que tenemos delante. Esta realidad, que es la creación de Dios, con toda su admirable complejidad, nos recuerda una y otra vez que ninguno de nosotros es toda la realidad creada. Sólo somos una pequeña parte. Y la obediencia radical de la fe es escuchar la realidad que nos rodea y que es expresión de la voz de Dios

Esta obediencia fundamental a la realidad puede adoptar formas muy diferentes. En un diálogo comunitario, por ejemplo, aceptar considerar honestamente todos los aspectos de una situación, todos los aspectos de un problema, antes de proponer, aceptar o rechazar una solución, es una forma de obediencia a Dios, puesto que es Él quien ha creado todo lo que existe. Esta escucha de la realidad es una auténtica forma de contemplación.

Si tengo este profundo respeto por la realidad objetiva fuera de mí, me será fácil aceptar que cualquier forma de vida en común, en cualquier grupo humano, civil o religioso, requiere una cierta estructura y, por tanto, una cierta autoridad.

Escuchar -escuchar la realidad- es el primer mandamiento. Cuando le preguntan a Jesús cuál es el primer mandamiento, responde: "Escucha, Israel". Escuchar es el primer mandamiento. Y si escuchas la palabra de Dios, le amarás con todo tu corazón y amarás a tu prójimo.

Y nosotros, monjes y monjas, sabemos que la primera palabra de la Regla de San Benito es también "Escucha"... Escucha, hijo mío, los preceptos del Maestro...

Acabamos de escuchar la Palabra de Dios en las dos lecturas que hemos escuchado. Escuchemos también al que habla en cada uno de nuestros corazones.